



1.

MIRADA DE EDUARDO MARTÍNEZ OJEDA

I

BREVE PANORÁMICA DE LA LITERATURA COLOMBIANA

A

LOGOS UNIVERSALIS

Se podría pensar inicialmente que resulta un exabrupto, cuando no un insulto, proponer una breve panorámica de la literatura colombiana desde sus orígenes hasta nuestros días. Sin embargo, poniendo de telón de fondo los extensos trabajos literarios universales que heredamos de las sucesivas olas culturales y sociales que nos han precedido, tanto en la colonización como en los periodos posteriores a ella y librándonos del posible chovinismo u orgullo nacionalista que caracteriza un gran sector de la población en todos sus niveles, resulta una tarea corta y reducida. Corta porque la historia misma del país es relativamente corta frente a los acontecimientos que marcan el desarrollo de la sociedad occidental a la que pertenece y los procesos culturales que han ocurrido en sus tierras y gentes.

Reducida, que parece en este caso ser un término muy agresivo, porque en su gran mayoría los productos literarios nacionales han sido una extensión maniquea y paratextual de las grandes obras desarrolladas en otras latitudes por fuera de cualquier signo particular de identidad que la caracterice como propia en su naturaleza, salvando claro está, todos aquellos productos literarios que por sí mismos han demostrado ser auténticas piezas locales de la creación literaria. Hoy no podemos continuar con los viejos dogmas de la educación estática y aristocrática de la Edad Media que anidaron tan bien y aún continúan haciéndolo en nuestra génesis nacional, causando de manera directa esta sólida e infranqueable barrera que mantiene a la mayoría de la población por fuera de la comprensión literaria.

En aquellos inicios como ente político, la labor literaria estuvo reducida a la herramienta colonizadora que motivaba y alimentaba a la élite de avanzada que estaba a cargo de la apropiación de las tierras nuevas para el reino español, de modo que se trataba de un mecanismo para responder a las expectativas culturales de una nación totalmente aparte y diferente. Los acontecimientos políticos actuales nos permiten ver con más claridad, pasados los años, qué tan diferente y lejana está ésta de aquella y los elementos reales que moldearon la base de la cual parte el cuerpo literario que hoy queremos estudiar y que se vio delimitado a un esquema particular de fuerzas pertenecientes a todos los campos de dicho desarrollo.

No conviene entrar a manejar en detalle todas esas fuerzas económicas que definitivamente sí determinaron y moldearon nuestro crecimiento literario, basta con reconocer que hasta la actualidad ellas persisten en delimitar la labor del escritor en la literatura colombiana.

2.

Se afirma con mucha razón que los escritores, en todas sus variantes, tienen la función natural de esbozar anticipadamente, ante la sociedad en la que viven, los cambios y patrones que han de marcar el camino que esta ha de tomar mucho antes que los mismos actores económicos los reconozcan. A partir de esto, y con la gran ventaja de poder observar la ruta que tomaron todos los trabajos literarios realizados en Colombia, desde los lejanos días de don Juan de Castellanos con su poesía descriptiva sobre la gesta conquistadora en busca del vellocino dorado y la fuente de la eterna juventud para salvar la vida y honra del atribulado reino, hasta las sudorosas penas que se toma don Aureliano Buendía para construir su incestuosa familia en las montañas de la sierra Nevada en la obra de Gabriel García Márquez, en el interino se han desbordado verdaderos mares de papel, ríos de tinta y montañas de letras, se ha construido un nuevo continente literario con los escombros de aquella orilla y los detritos de esta, dejando a los habitantes de estas tierras la fértil labor de pescar cuidadosamente las mejoras presas dignas de un buen banquete intelectual, ignorando minúsculas y pretensiosas criaturas e incluso monstruosas creaciones producto de alucinaciones y exceso de endorfina, fantasmas políticos o económicos.

De los primeros productos literarios que se nos presentan, la obra *El Carnero*, de don Juan Rodríguez Frailé es una hermosa muestra de todo lo que antes proponíamos, sobre todo respecto de las secreciones espontáneas de reconocimiento y ceremonia.

Se inicia esta con el reconocimiento al señor natural de estas tierras, termino que circunscribe un cúmulo de atributos arbitrarios e innaturales, claro está, si consideramos la guerra como el inaceptable mecanismo de gobierno que es. A partir de allí se inicia una crónica personal y detallada de los

acontecimientos más sobresalientes a nivel gubernamental, del cual fue el Génesis de la Biblia su tutor y guía, para continuar con el libro hebreo de las genealogías que continuaba siendo el furor literario por las tierras de la península y sus nuevas colonias desde que los judíos creativos y mesiánicos en ese lado del continente lo crearon para calmar su incertidumbre existencial y explicar de algún modo sus éxitos comerciales y científicos (sin tener en cuenta el rigor conceptual que aquella religión les enseñó).

La salida de la expedición de Quezada de la ciudad de Santa Marta, allá por el año de 1536, tiene bastante de sináptico no sólo en cuanto a la forma de su relato sino en la empresa como tal: la conquista de una nueva Canaá y el establecimiento de la Jerusalén cristiana, el cual también está aderezado con eventos de aguas mortales y guerreros hostiles en el camino.

Las continuas referencias y la prominente posición de la ciudad de Cartagena durante toda la empresa conquistadora no parecen del todo accidentales si tratamos de imaginar el paralelo que esta pudiese tener con la fracasada retoma de tierra santa durante las no muy lejanas cruzadas llevadas a cabo en tierras europeas y que daban a la vieja Cartago un papel preponderante como pie de playa para el acceso por el norte del África.

Para no continuar profundizando, y hacer de este un asunto muy complejo, basta proponer que *El Carnero* sea un cantar de gesta hispánica.

A partir de 1700 con la presencia de personajes como José Celestino Mutis en tierras americanas se inicia una nueva fase conceptual en la literatura, al alejar definitivamente el potro y la hoguera para dirigirse a la lógica de la naturaleza y sus principios científicos, aunque en los manejos políticos y sociales se continuara sin cambios de este tipo hasta que nuevos talentos llegasen a cambiar el estado de cosas.

De este estado de cosas, la política es la actividad que reúne todos los elementos que convergen para mover al siguiente paso la literatura colombiana.

3.

Febrero de 1791 constituye la verdadera fecha de nacimiento de la literatura colombiana como producto original, al ver la primera edición de un periódico cuya información se originaba y escribía en ella. Don Manuel del Socorro Rodríguez, un cubano puesto a cargo de la dirección de la Biblioteca Nacional fue traído para dar vida a un mecanismo que en lo sucesivo, y como era necesario en todo orden cultural que pretendiese desarrollarse, debía no sólo guardar sino promover la literatura por medios que como el periódico que este creó, daría vida a las nuevas gestas, como la revolucionaria que habría de incendiar y devorar las estructuras monárquicas e incluso la misma vida de su precursor. Desafortunadamente incluso hoy, con nuevas leyes se pretende robar este puesto a quien honorablemente lo merece.

(La Ley 918 de 2004 pretendió trasladar el Día del periodista para el 4 de agosto, en frustrado homenaje al prócer Antonio Nariño. También la Ley 586 de 2000 instituyó el Día de la Libertad de Expresión el 13 de agosto. Pero con ley o sin ley esa fiesta se celebra en Colombia desde hace más de 100 años el 9 de febrero.)

Durante los oscuros años de las revueltas revolucionarias, paradójicamente la literatura se ve beneficiada precisamente por la actividad que debía realizarse y es en ese momento en que la acción de los escritores echa raíces en forma constante y permanente gracias a esa poderosa virtud que la hace especial, al igual que hoy, la linfa que alimenta las ideas y bastante adrenalina como combustible.



TERTULIA EUTROPÉLICA

(El tropel europeo se traslada a América).

El capítulo revolucionario de la génesis de la historia colombiana debe ser siempre enseñado en conjunto inseparable con el desarrollo de la literatura en

el país, por virtud de las raíces naturales que este tiene con las ideas trasladadas desde el viejo continente y la función básica que esta prestó desde los inicios. Incluso se debe dar el papel central a la literatura como el mecanismo fundacional de todas las propuestas del evento.

¿Qué hubiera sido de los ejércitos rebeldes sin los datos explícitos de la revolución francesa?

Nada, no hubiesen podido sacar de la manga o redactar por ellos mismos la larga lista de promesas e ilusiones que motivaban a las muchedumbres de hambrientos indios, mestizos y mulatos a cruzar páramos y pantanos insalubres en busca de aquellas cosas que celosamente guardaban en sus talegos los soldados realistas españoles.

Hasta aquellos días, lo único que producía la literatura para las hordas del pueblo eran los edictos tributarios, los registros notariales para coartar las libertades y las cláusulas de castigos o penalidades, todas ellas actividades que sólo traían sufrimiento y yugo, ergo, la literatura era opresora.

La literatura colombiana entonces tiene a partir de aquel momento un buen linaje, a pesar de las obtusas propuestas de los primeros escritores que quisieron llevar a los extremos de la izquierda y la derecha el pensamiento libre del país, que en la actualidad lucha por consolidar. Es muy probable que la literatura no tenga partido, que se trate de una loca irreverente que no respeta hora ni lugar y cuyo único objetivo sea mentir, crear falsedades y mundos felices sin fronteras que la dejen pasear del lado soleado de la calle en los días de fría primavera.

Con la instalación de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada, por parte de José Celestino Mutis y sucesores, se sellaba definitivamente la vocación científica del pensamiento literario y, en general, serviría de justificación para el discurso político en el cual se vería inmerso todo el territorio. Dentro de este nuevo esquema de pensamiento científico encontramos auténticas joyas de la nueva intelectualidad como el sabio Francisco José Caldas quien, además de haberse expuesto a las influencias de poderosos pensadores de talla mundial como Alexander Von Humboldt y el mismo Mutis, dedicó su pluma a investigaciones sobre agricultura y botánica.

Como algo casi natural, por su misma libertad intelectual, aceptó hacerse cargo junto con Joaquín Camacho, de la creación y edición del diario político de Santa Fe, el órgano impreso para la difusión del movimiento de 1810. Luego de su brillante y comprometedor papel en esto fue nombrado en altos cargos del movimiento hasta que fue fusilado.

4.

Tal parece que Camilo Torres, este noble y respetuoso letrado sólo gozó la oportunidad de la fama literaria una sola y exclusiva vez, cometiendo la ligereza de pedir peras al olmo. En el documento dirigido a la real reunión de marras que tenía por objeto recaudar la mayor cantidad de fondos para la perdida guerra contra los franceses en Vitoria y tierras intermedias, este noble literato pedía “equilibrio perfecto en la balanza de la monarquía”, cuando desde lejos se veía venir la más sanguinaria de las recolecciones tributarias.

Sin embargo este bello y conmovedor documento nos permite vislumbrar en parte la materia de que estaban hechos los hombres ilustrados de aquellos días en que ladinamente caían bajo la trampa de la literatura imperial.

“Las Américas, Señor, no están compuestas de extranjeros a la nación española. Somos hijos, somos descendientes de los que han derramado su sangre por adquirir estos nuevos dominios a la corona de España “.

La dicha no duró mucho y este ensayo literario terminó en el cadalso.

La historia continuó siendo benigna con la literatura del naciente país y de un lejano pueblo llegó José Eusebio Caro, el más, si no el primer poeta romántico premodernista de la historia nacional. Contradictorio en sus actuaciones, pero claro en su romanticismo religioso y su traducción estilo clásico de Voltaire que lo hacen un verdadero acertijo y verdadero reflejo del panorama político del momento.

Detengámonos un momento: ¿Voltaire como ídolo de un conservador y religioso poeta? Esto sí que es contradicción, conociendo la sarcástica lengua y prosa con que el viejo francés atacaba toda forma de religión, armado de su deísmo racionalista y su frase de combate -aplastemos al infame-, no queda más que sospechar de una terrible confusión o una pésima traducción.

Lógicamente nada de lo anterior le resta brillo a la prístina creatividad del literato local, que incluso llegó a ser modernista antes que este fuera un reconocido estilo a manos de Rubén Darío 20 años más tarde.

Esta clase de apuntes en la historia de la literatura colombiana es el tipo de cosas que me hace perder la fe en muchas de las cosas escritas por manos de estos historiadores y me lleva a ser crítico en la aproximación al conocimiento de tan delicados estudios.

Con don Julio Arboleda se inició la desafortunada epidemia de poetas político-guerreros cuyos cantos estaban llenos de altísimas bellezas literarias de todo género, como lo afirman sus apologistas, de las cuales los infortunios de la historia nos libraron y no así de sus funestos cambios de ideas repentinos que, junto con todos sus coetáneos, mantuvieron el baño de sangre a lo largo y ancho del territorio nacional.

A toda esta barbarie en el plano político y económico le siguió la institución de un fallido sistema educativo en el país, que atendía específicamente las necesidades y gustos de las élites políticas, más interesadas en satisfacer sus deseos personales de vinculación aristocrática e histórica con el viejo continente, que en la preparación adecuada de los futuros conciudadanos, dejando esta función a cargo de Miguel Antonio Caro, el hijo de quien en el pasado había demostrado la más solemne confusión en materia literaria y de paso dejando claro el talante nepotista que habría de guiar el futuro burocrático del gobierno.

Afortunadamente no todo se fue por esos idearios y aparecieron personajes como Rafael Núñez quien, con su educación anglosajona y el estilo llano y desposeído de artilugios literarios, imprimió algo de las ideas protestantes en la Constitución Nacional. En su artículo *El sentido de la política y la esencia de la política* nos deja una clara exposición de la forma en que se conducen los asuntos del Estado a la manera inglesa, considerando de manera constructiva tanto las relaciones partidistas y sus contradicciones de discurso y ejecución como los lineamientos desde los cuales se relacionan los temas y comportamientos religiosos al seno de las decisiones políticas.

Con Núñez el país inicia una era de cambios de fondo alejándose del costumbrismo y permitiendo al modernismo nuevos espacios que antes ocupaba el romanticismo. De esos años nace una obra llamada la lira nueva de José María Rivas Groot.

Antes de continuar con esta, veamos un fragmento de un poema de Rafael Núñez que trae dudas y tristezas a quienes creíamos un impulso original patrio, las estrofas del himno que se le encargó:

Oh cielos bondadosos,
oh dicha indescriptible
del náufrago que toca
la orilla, no es mayor.

5.

LA LIRA NUEVA

Este trabajo en particular marca una línea divisoria y determinante en la historia de la literatura en Colombia y con esta referencia conviene tomar un nuevo aire para de allí partir a lo que habrá de constituir las bases de la poesía contemporánea.

Los esfuerzos dedicados a este momento fueron llevados a cabo por personajes que eran verdaderos conocedores y constructores de un compendio literario y poético reconocido en toda su magnitud y con el firme propósito de constituir con ello una primera antología colombiana. Muestra de ello es la temprana aceptación del joven Silva, quien en su corta exposición logro mostrar la calidad de su pluma.

Desde 1848 se han publicado en Colombia 33 antologías generales de poesía; e infinidad de volúmenes con selecciones parciales -por regiones, por temas, por generaciones-, entre las que hay algunas de excepcional importancia. Lo curioso, que ha sido una constante, una especie de ley de esta historia, es que cada antología deroga la anterior, lo que es más que los gustos de los antologistas y pasa a ser una muestra de cómo la idea de que es buena poesía va cambiando con el tiempo.

En 1886, aparte de una constitución que nos duró ciento y pico años de soledad, aparte de la invención de la coca-cola, aparecieron dos antologías, ambas prologadas por don José María Rivas Groot, una, el Parnaso Colombiano de Julio Añez -con ciento catorce nombres la primera selección que incluye poetas de Colonia- y, otra, La Lira Nueva con treinta y cinco poetas de la época, la mayoría muy jóvenes.

Ahora, el Instituto Caro y Cuervo acaba de reeditar, fotografiada de la original, La Lira Nueva esta vez antecedida de un excelente ensayo de Don Fernando Charry Lara, donde examina las principales corrientes literarias y autores que se perciben detrás del "programa" poético de Rivas Groot: este texto de Charry, por su agudeza crítica, por el conocimiento minucioso de la información, justifica la reedición de La Lira Nueva.

Durante su corta vida, José Asunción Silva sólo vio una vez sus versos publicados en un libro. Cuando tenía veintiún años y Rivas lo incluyó en La Lira Nueva con sus poemas, sin sospechar que, en 1994 se valorara su presencia como lo más relevante de esta antología. Además de Silva, aquí también hicieron su debut bibliográfico Ismael Enrique Arciniegas y Julio Flórez quienes, fuera de Silva, son los más conocidos hoy en día. Charry Lara destaca algunos otros nombres, familiares a los especialistas, como Candelario Obeso o Belisario Peña, y otros que no han sido editados más y que son ahora materia de la arqueología, cuando nó del olvido. En cuanto a los versos, ni los temas, ni la sensibilidad que expresan son los de nuestro tiempo. De tal manera que la lectura, de la mano del prólogo de Charry, es fructífera como visión de un proceso: aunque los poetas de La Lira Nueva no son propiamente una escuela, ellos sí revelan una transición del romanticismo al modernismo¹.

Reseña de Darío Jaramillo Agudelo

<http://www.lablaa.org/blaavirtual/literatura/resedario/groot.htm>

6.

B.

La primera parte se preparó considerando los primeros personajes que tuvieron alguna expresión literaria en territorio nacional desde muy temprano, aunque en verdad pienso que no puede considerárseles como parte de dicho patrimonio, dado que para esas fechas ni siquiera estaba constituido el territorio como tal o, si al caso, se estaba en plena lucha de constitución.

Considero que, por ejemplo, los escritos de Juan de Castellanos o los de Juan Rodríguez Freile no pueden ser considerados de ninguna otra forma que productos puramente castellanos en el exilio, no sólo por la misma naturaleza de su ejecución sino por los temas tratados en ellos y la forma como se orientan sus asuntos.

Sólo hasta 1809, cuando sale el *Semanario de la Nueva Granada* de manos del sabio Francisco José de Caldas, es que en realidad podemos considerar el nacimiento de algo puramente nacional en el sentido político de la palabra, para en el año siguiente encontrar el *Memorial de Agravios* de Camilo Torres como la primera obra auténticamente de la nación como tal.

Durante esos mismos años, y como subproducto del impulso revolucionario, ocurre la verdadera fundación del oficio literario por cuenta del cubano Manuel del Socorro Rodríguez, quien habría de instituir el camino genético por el cual los periodistas seguirían siendo los literatos del país. Me parece que en este punto conviene proponer que se necesitó la revolución y la curiosidad matutina popular para crear los espacios donde la literatura naciera como lo que hoy conocemos en el país. Incluso hasta la fecha son los periodistas quienes se han constituido en la materia prima de la literatura, algo que en la mayoría de los países con fuerte tradición literaria no ocurrió y que, por ende, puede haberle causado los vicios y debilidades que hoy reconocemos en nuestro medio. De modo que es don Manuel del Socorro quien sirve de modelo para los primeros literatos del país, un periodista.

7.

Retomando el punto en donde me detuve al final de la primera parte de este panorama de la literatura colombiana, me parece que fue la Lira Nueva el primer verdadero intento por producir algo original, considerando el hecho de llamar “original” los trabajos derivados de las largas lucubraciones de que fueron objeto las eternas obras universales de famosos como Bécquer, Byron, Keats, Shelley, Víctor Hugo, Poe, Lamartine, Musset, Vigny o Rubén Darío y un mundo de tantos literatos que ocupaban las bibliotecas y librerías de Bogotá en ese momento y materia prima para los locales.

El caso de Silva es interesante por ser, según los eruditos, un adelantado al pasar del romanticismo al modernismo y luego a un Nihilismo temprano. Sus condiciones personales lo llevaron a esa evolución, del mismo modo en que aquéllos que habían estado limitados al terruño defendían con patas y manos lo poco que habían alcanzado a leer a la pobre luz de sus villorrios, de los cuales sobresale con fuerza el judío de Cali, Jorge Isaacs con *María*.

Los dos son perfectamente contemporáneos, el primero con todas las bases teóricas claras en su poesía a partir del parnasianismo y el segundo con su costumbrismo romantizado inspirado por el sentimiento nostálgico de sus tierras vírgenes del río Páez y, para completar las semejanzas, los dos escritores fueron vilipendiados y proscritos en su momento por la obtusa jerarquía literaria del país... pues en el caso de Isaacs, su obra sólo logró ser impresa en el exterior, teniéndose las primeras ediciones locales luego de su afirmado éxito.

De *María* ya se ha dicho todo lo posible, desde su superioridad total a todo lo precedente hasta su puesto como único eslabón permitido antes de *Cien años de soledad* como obras universales. De modo que solamente quiero agregar sobre el autor, los interesantes años de guerra civil que vivió y que lo acercan a los otros escritores de esta época como auténticos ejecutores del ideal romántico, el poeta guerrero, de los cuales debemos recordar a nuestro Ismael Enrique Arciniegas, cuyas obras se pueden anclar en uno y otro lado de las dos corrientes en boga y cuyo único libro, *Paliques*, a diferencia de aquellos, no logró pasar a los brillantes anaqueles de la gloria eterna.

Si, como afirman los eruditos, de *María* hasta *Cien años de soledad* no hubo nada que valiera la pena nombrar, estamos hablando de un gran trecho literario y temporal entre ambas obras, pues lo que se halla en el intermedio no es más que “relleno”.

Y, en cierto modo, un lector modesto, como cualquiera de nosotros, percibe esa sensación cuando mira en detalle las extensas antologías que se

producen constantemente desde esos años hasta la fecha o cuando estudian de cerca los esfuerzos de grupos como el Piedracielismo o el Nadaísmo, que se dedicaron a lamentarse de su falta de libertad, a lamerse las heridas, no tuvieron el arrojo de poner los muertos (retóricamente) como lo reclamaba el momento.

Pero para el gremio de los críticos la cosa parece haber pasado mejor, con buenos ejemplos tempranos que marcaron puntos de inflexión en el oficio a pesar de su satanización desde los ángulos literarios y políticos.

Baldomero Sanín Cano fue un educador que con sus importantes planteamientos aclaró bastante la dirección conceptual e imaginativa que habrían de tomar los futuros herederos de las letras en el país.

9.

Con su libro *Crítica y arte*, publicado en 1932, le bajó el tono especulador al *Modernismo* e hizo que los nuevos poetas le incluyeran a la poesía las palabras de la cotidianidad (modos corrientes del decir) y partieran de la realidad circundante sin ser precisamente unos rebeldes y unos desalmados reaccionarios, como generalmente se pretendía identificar su propuesta.

El verdadero problema radicó en las posiciones encontradas en el terreno político general, del cual Sanín Cano trató de mantener prudente distancia.

La política en Colombia, como en todas las latitudes, tiene profunda relación con las posiciones literarias, incluso se puede proponer que son cuna de ellas, por lo que los escenarios de estas dos actividades han mantenido las cosechas de una y otra en constante peligro de inundaciones y sequías intermitentes, replicando el modelo europeo de donde se derivan, sobre todo expresando las irreconciliables posiciones de las comunas parisienses con los beatos mandatos de los preceptos luteranos.

Sangre y sueños, plomo y letra parecen ser hasta la fecha los mecanismos conductores de la literatura en su camino por las almas en el país. Los disparos pueden ir dirigidos a sus enemigos o a su propio corazón.

Dos escritores de la angustia y el surrealismo en la década de los ochenta: Juan Manuel Roca, *Luna de ciegos*, Carlos Arnulfo Arias, *Sin sur ni después*

Introducción

No conozco los parámetros ideales con los que formalmente debería de iniciarse el seguimiento de un autor desde la perspectiva de un procedimiento erudito de estudio literario, de modo que me aproximo a ello de la manera más humana e historiográfica que me parece poder llevar sobre estos dos personajes con más sentido común, es decir, empezar creando una idea de la persona en medio de la historia, de los estados de ánimo y las condiciones existenciales que estructuraron su carácter.

Si por ejemplo, consideramos a aquellos que llegaban a la mayoría de edad en el inicio de la segunda guerra mundial en Europa, para el caso, un individuo en Francia, por los años 1.938 ó 1.939, podemos con bastante margen de exactitud, armar un perfil psicológico compuesto de incertidumbre, temor a lo desconocido y en general un estado inexplicable de desasosiego sin explicación precisa, debido a que hasta aquel momento no se conocían las proyecciones Alemanas respecto de sus relaciones con los países vecinos ni la dirección que tomarían sus ejércitos, mucho menos la manera como el tercer reich manejaría sus aspectos diplomáticos, incluso se desconocía el verdadero nivel de capacidad de fuego de estos frente a los países del eje aliado occidental, dato este que definitivamente hubiese prestado una perspectiva más clara de la situación en general y a modo individual, se habrían hecho obvias muchas de aquellas angustias y conjeturas

Del mismo modo, los artistas y poetas que justamente se encontraron llegando a la mayoría de edad tanto civil como poética en Colombia, en los años en que el País se adentraba en sus más sangrientos y desoladores años, los ochenta, deben reflejar en sus obras aquella angustiada y desoladora hora; el desarraigo causado por el abandono sistemático de gran parte de la sociedad hace de ellos unos parias en su propia tierra, culpables sin delito, por la dolorosa soledad en la que se sentían quedar.

Los más soñadores y comprometidos con la causa lírica se suicidaron, los demás siguieron arrastrando su miserable existencia y con ella los documentos testimoniales del penoso desangre fratricida.

Lo que se estaba muriendo no sólo era la paz y la tranquilidad, también se moría la identidad como nación, se disolvía el aglomerante que sostiene a los individuos, los hogares y las instituciones, la motivación de estar vivos.

Ser un apátrida es el peor de los destinos, pero un poco más miserable es ser ajeno en su propio patio, perder los lazos emocionales que hacen que cada bocanada de aire, cada olor familiar, sonido ó sabor degustado se deleite y grabe en lo más profundo de nuestra memoria social, y era justamente contra eso que aquellos poetas y literatos debían luchar.

10.

Es entonces cuando estos testigos empiezan a producir su material histórico, evitando cuidadosamente las esquinas mortales, los adjetivos ambivalentes y sobre todo los mensajes subliminales que corrieran el riesgo de ser mal interpretados, tergiversados ó manipulados.

Dentro de este esquema general encontramos a estos dos autores, Juan Manuel Roca un poco más viejo pero igualmente golpeado que Carlos Arnulfo Arias, un joven soñador en la cima de su imbricación social y poética. El surrealismo fantasmal que alimentó aquellos años provenía, posiblemente, de la fascinación generada por los rebeldes como Brecht, Buñuel, Dalí, Picasso, etc., que por vía de sus productos artísticos, provocaban la unión del dolor y la reflexión en la pintura literaria de estos dos colombianos. Pero además, en estos dos podemos encontrar aquella vena sanguínea y que los une al mal de la aurora, esa rara enfermedad que inventó el conde de Lautreaumont, (el franco uruguayo Isidoro Ducasse) en su obra del mismo nombre, por allá en los tristes años de las desgracias consecutivas del gobierno francés.(en esto hallamos mucha similitud con lo expuesto antes sobre la personalidad del escritor). Fracaso institucional, desarraigo, rechazo de los jóvenes por el sistema fallido:

De Arias Mendoza:

*“Todos teníamos miedo de quedar tendidos, no precisamente con la cara al sol.
Ninguno de nosotros tenía por completo el pulso firme a la hora de tirar piedra y menos cuando empezaban los disparos...”*

De Roca:

“La frase de Rivera vertida en “La vorágine”, resulta emblemática para la literatura colombiana. Desde las caucheras de la Casa Arana hasta hoy el tema de la violencia se nos hace insalvable. Con momentos tan altos como los del propio Rivera o con el espléndido cuento de Hernando Téllez “Espuma y nada más”, hasta la falseada novela de la sicaresca de hoy. Como verá, la situación actual de Colombia se refleja en muchos de mis versos. Pero prefiero hacerlo en parábolas, en algo que no sea historicismo ni sociologismo, en algo que no sea poesía de cartel, de puño cerrado”.



Luego continuamos encontrando similitudes que afianzan la certeza de la identificación mutua tanto en la temática como en la esencia de su poética, ese deseo de mostrar lo inasible, aquellas obsesiones y fantasmas en formas simbólicas como los espejos, las aguas, la muerte y la noche.

A estos poetas les preocupa mostrar lo que está en fuga, las aguas que desde una ducha o una lluvia cubre y acaricia los cuerpos, es también parte sensual dentro de la angustia, se está vivo y es deber reconocerlo para poder reclamar un derecho sobre algo que pueden adorar hasta algún extremo.

“Memoria del agua” se titula su primer poemario. ¿Por qué se considera hidrólatra?

Los que somos amantes del agua, que reconocemos su poder seminal, deberíamos llamarnos, y así lo propuse en un vocablo, hidrólatras. Una vez soñé con una mujer que lavaba el agua y la hice un símbolo de la pureza, una divisa más romántica que surreal. “El alma adora nadar”, dice Michaux. Después de publicar mi primer libro, “Memoria del agua”, unos diez años más tarde, leí en una revista que habían descubierto científicamente que el agua tiene una memoria. Y lo celebré —sería hipócrita decir que con un vaso de agua— con un buen vaso de ron.

De Rimbaud también encontramos señales en sus trabajos, por el ritmo de sus palabras en las figuras a que recurren y ese valor evocativo que le imprimen a sus exploraciones del inconsciente, posiblemente producto de sus propias preocupaciones religiosas y los inmensos temores frente los crecientes temores reales e imaginados.

11.

De Roca:

Yo acepto el pasaporte del incierto, el papel que me hace ciudadano de la noche. La noche abre sus verjas plateadas y desliza bajo mi puerta sus volantes hojas de papiro, hojas que hablan de un tráfico de sueños, de un delta de invisibles Orinocos y locuaces loros venidos del Caribe.

De Arias:

La noche parece calentarse de pronto e invita a abrir la ventana. Abrirla. Prender la tele sin sintonizar ningún canal, dejando que su luz azulosa e intermitente nos golpee el rostro mientras la ventana abierta deja entrar al viento a despeinar el cabello y los ojos parecen abiertos a la nada.

Ambos escritores construyen imágenes finas, con aquella delicadeza que les permite deslizar dentro del texto, dos mensajes, su angustia como poetas que son testigos de luchas dentro y fuera del sujeto, la personal que mide su dolor por la ternura de la piel y aquella que ocurre por los choques y disparos de gentes sin rostro en el tumulto de la calle. No es fácil y menos que tolerable la posición asumida por estos poetas, que de hecho son parte de la generación desencantada, aquella que sintió y corrió por los motines y peligros, que huyó de batidas y aduanas peligrosas, inmorales y canallas del régimen.

Harold Alvarado Tenorio, María Mercedes Carranza, Darío Jaramillo Agudelo y tantos otros que no resistieron la terrible carga de aquellos sinsentidos.

Por esto no es de extrañar que aquellos cantos de mal de aurora, ese compendio de violencia obscena y surrealismo deshumanizado haya sido el perímetro fundamental de estos dolientes nacionales, nada de aquello les resultaba ajeno, ni menos natural su renegar de figuras religiosas ó símbolos sagrados de un dios que poco o nada expresaba por sus rebaños.

Si de alguna forma podemos asociar estas rebeldías con los estados tortuosos de la adolescencia, conviene considerar de nuevo el estado histórico de los escenarios políticos y económicos más allá de la simple consideración de la lucha entre lo real y lo imaginario para instalarlo dentro de su mejor contexto, porque al considerar la realidad como el gran objeto exterior, se debe asumir que se parte de una reflexión individual interior.[]

Son en definitiva, estados inconexos, piezas dislocadas que no pueden constituirse en vidas armoniosas que fluyan con facilidad, sufren el mal de los testigos, la tragedia de los desencantados....

Diario de la noche

A la hora en que el sueño se desliza
 Como un ladrón por senderos de fieltro
 Los poetas beben aguas rumorosas
 Mientras hablan de la oscuridad,
 De la oscura edad que nos circunda.
 A la hora en que el tren tizna la luna
 Y el ángel del burdel se abandona a su suerte,
 La orquesta toca un aire lastimero.
 Una yegua del color de los espejos
 Se hunde en la noche agitando su cola de cometa.
 ¿Qué invisible jinete la galopa?

Juan Manuel Roca

DESVARIOS

A ella la vida le ha ido jugando como un carrusel
 Y el tiempo se le confunde
 En los rostros de los transeúntes
 Danzan sin temor por la plaza de la gente presurosa
 Y canta cadenciosas romanzas desconocidas....

Carlos Arnulfo Arias Mendoza

12.

III**Aurelio Arturo,
Morada al Sur y Otros Poemas,
El Discreto Mundo de un Barroco Andino****¿Por qué barroco?**

Se me ocurre en este ensayo tildar de barroco a este poeta por dos razones: primero porque desde el inicio en la lectura de sus poemas, se siente la misma ensoñación y oscuridad del viejo poeta español don Luís de Góngora, con sus profundas melancolías, inestabilidades y sobre todo la fugacidad de las cosas, que en Aurelio eran sus vivencias de niñez en los campos floridos y lejanos de los andes en el sur.

El culteranismo es su segundo elemento, así este sólo sea el de la Bogotá de los años 50, cuando con sus ánimos cuidadosamente controlados, pulcritud por encima de todo, se unió a los precursores de piedra y cielo con el grupo de los nuevos, lo cual en si mismo es muy dicente, los nuevos, al igual que Góngora en su momento en España tratando de cambiar los viejos resabios neoclásicos en un momento en que la cosa no resultaba tan fácil.

Morada al sur no es su única obra, pero por la naturaleza exquisita del lenguaje y los mensajes secretos de la música de la naturaleza que en esta obra se escuchan, resulta punto obligado de partida en su estudio.

Para la muestra, este fragmento inicial de la obra:

En las noches mestizas que subían de la hierba,
jóvenes caballos, sombras curvas, brillantes,
estremecían la tierra con su casco de bronce.
Negras estrellas sonreían en la sombra con dientes de oro.
Después, de entre grandes hojas, salía lento el mundo.
La ancha tierra siempre cubierta con pieles de soles.
(Reyes habían ardido, reinas blancas, blandas,
sepultadas dentro de árboles gemían aún en la espesura).
Miraba el paisaje, sus ojos verdes, cándidos.
Una vaca sola, llena de grandes manchas,
revolcada en la noche de luna, cuando la luna sesga,
es como el pájaro toche en la rama, "llamita", "manzana de miel".
El agua límpida, de vastos cielos, doméstica se arrulla.
Pero ya en la represa, salta la bella fuerza,
con majestad de vacada que rebasa los pastales.

Se habla de esto por su melodía del lenguaje, por ese ritmo suave de las palabras, pero pareciera que cuidadosamente se evita hacer referencia a esas extrañas figuras conceptuales que tratan de unir varios sentimientos con formas del paisaje y la natura, que en Aurelio Arturo llegan a elaborarse con mucho cuidado, con delicadeza y sobre todo con las reglas de un estilo ó forma de literatura que pareciera estar en oposición al concepto, el culto a la palabra correcta, al modo formalísimo del lenguaje.

Al respecto, William Ospina afirma:

“Ese tono épico al comienzo de un poema autobiográfico, puede sorprendernos, sobre todo si pensamos en lo sosegado y sedentario de la vida del autor. Lo poco que sabemos de ella nos muestra a un muchacho de provincia llegado a la ciudad y convertido en un funcionario sobrio y silencioso, tímido y huraño, dedicado al solo goce de la lectura y casi indescifrable para los seres que le fueron cercano.”

Bien podríamos estar hablando de Góngora, es la misma descripción del viejo cura español, recluso y alejado en sus aposentos silenciosos para poder enhebrar las perlas de la noche y observar a los pastores de estrellas:

Hurtas mi bulto y, cuanto más le debe
a tu pincel, dos veces peregrino,
de espíritu vivaz el breve lino
en las colores que sediento bebe,
vanas cenizas temo al lino breve,
que émulo del barro lo imagino,

a quien, ya etéreo fuese, ya divino,
 vida le fió muda esplendor leve.
 Belga gentil, prosigue al hurto noble;
 que a su materia perdonará el fuego,
 y el tiempo ignorará su contextura.
 Los siglos que en sus hojas cuenta un roble,
 árbol los cuenta sordo, tronco ciego;
 quien más ve, quien más oye, menos dura

13.

No resulta gratuita o alocada la referencia, me parece literal la relación de los dos obras, no solo por la técnica sino por los orígenes en el autor, por la intimidad que comparten en su estado de otredad, por ese añorar de tiempo y espacio con los que tratan la naturaleza, la cercana y la lontana, la vaca solitaria y el comerciante ladrón, la profundidad de la noche, la sátira candente.

También podemos hallar otras condiciones particulares que los impulsan al esfuerzo poético de esta forma en especial, que sin dudas es una muy cínica con delicadez, casi un auto de contrición.

Allí estaba aquel cura cortesano, incómodo en su lujosa vida palaciega y aquí el hijo de un hacendado pastuso, que sentía vergüenza y pena ajena todos los días, en su despacho de juez, desde su cómoda posición de burócrata oficial juzgando a los miserables que con sus penas le recordaban la buena vida de que era culpable. Quizás era una catarsis, una técnica sutil de limpiar la culpa noble de ser afortunado, con la delicadeza de las mejores palabras y los mejores recuerdos de aquella vida plena y noble de la lejana infancia, para Góngora era de su lejana judería, de la santidad inversa de ser un cura judío, la máxima ironía que pudiera ocurrir en una realeza extremista católica.

En la Rapsodia de Saulo, Aurelio Arturo canta a algo que es prácticamente todo lo opuesto en su vida para encontrar algo que lo cure de sus cercanías, de la monotonía diaria de morir lentamente en su oficina, mientras los bosques y los ríos pasan de largo por el mundo.

Allí está el niño mirando el río, se grabó la escena y la recrea para liberarse del encierro en su madurez. Se necesitaron figuras limpias y claras para exponer eso sin atentar contra la integridad formal del éxito humano, la ciudad.

La metáfora profunda que utilizó Arturo formó una morada nueva para su imaginación y pasado, construyó como construimos todos, un lugar real para su descanso y escape, un bosque lleno de mucho más que animales y árboles fantásticos, lleno de silencios y luces para olvidarse, no sencillamente olvidar como olvidamos los malos ratos ó los problemas insolubles, olvidarse como lanzarse a contemplar las nubes y la luz del sol, alejarse completamente con todos los sentidos y llegar a todo lo que estaba olvidado o abandonado por el ritmo absorbente de la civilización y la lucha existencial.

Ese es el otro existir, el de todo lo que se queda por fuera de la necesidad y el deseo, lo que no puede ser “atrapado, comprometido” en cualquiera de las mil maneras que aprendemos a capturar la vida. La vida de los adultos es un estado catatónico en movimiento reflejo, es vida en estado de control automático que evita cualquier otra conexión “irreal” y es por eso que los poemas de Arturo, como los de Góngora en su momento, nos pueden prestar una puerta de acceso que generalmente está restringido para la primera etapa de la vida social, para aquel periodo en el que no somos responsables ni de nosotros mismos, como los antiguos griegos, que sin el yugo de un dios único sino en compañía de muchos habitantes del olimpo ilimitado, como los campos y montañas del sur de los andes, nos podamos “recrear” con las simples formas de la vida.

En ese estado, de recreación, es cuando el poeta se relaja, de relajo, de patanería organizada en líneas de letras y símbolos, de pequeñas mentiras que juntas forman la gran realidad que nos limita de principio a fin, hasta que un día nos vamos de regreso a todo aquello en la forma más sencilla en que llegamos:

Polvo.

Dice al respecto el crítico y también poeta, José Manuel Arango: “¿no hay en el animismo de Arturo una suerte de panteísmo gozoso, más sentimiento y visión que concepto, como conviene a un poeta? si de día en cada hoja está el brillo del sol, de noche las hojas iluminadas son como estrellas murmurantes...”

Es de esta forma en que los poetas y el poeta salen a pasear sus tristezas, sus recuerdos y su existencia, sin dejar escapar en el tiempo todo aquello que los alimenta desde dentro, ni que escape la materia soluble y ligera que como el agua sobre la hierba seca ó la tierra, la lía y permite que de ella se formen nuevas figuras, nuevas y vivas fibras que se relacionen con la sustancia vital del pensamiento y de la existencia, no del movimiento y energía, sino de la silenciosa linfa del mundo, materia prima de la palabra.

